

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Los textos de las lecturas de este domingo son una enseñanza sobre la resurrección de los muertos. Los saduceos plantean a Jesús una pregunta insidiosa. Es la actitud de los que no pretenden alcanzar la verdad sino, simplemente, elaborar juegos de palabras. Aquí hay una primera enseñanza, y es que no vale la pena divagar sobre temas ficticios, sino que es mejor partir, en nuestra meditación, de los datos de la fe.

El Señor, sin embargo, no se deja acorrallar. Como sucede tantas veces en el evangelio, aprovecha la pregunta para dar la auténtica enseñanza. En primer lugar, deshace un equívoco: la vida eterna no será como la de aquí, sino que los salvados «son como ángeles». De hecho, en el Cielo no habrá sacramentos. No habrá Eucaristía, porque veremos a Jesús cara a cara. No habrá Penitencia, porque no pecaremos. No habrá Unción de Enfermos, porque no enfermaremos. No habrá Confirmación, porque el Espíritu Santo será todo en todos. Por lo tanto, allí no habrá tampoco matrimonio. Una de las finalidades del matrimonio es la generación de los hijos, necesaria en la tierra, pero que no tiene razón de ser en el cielo. El otro motivo es la mutua ayuda, fundamentada en el amor de los contrayentes. La unión en el cielo, «donde Dios lo será todo en todos», es mucho más grande que la sacramental, por eso allí no se casarán.

Por otra parte, Jesús señala que Dios «no es un Dios de muertos, sino de vivos». Por tanto, se trata de una enseñanza sobre la verdad de la resurrección y de la vida eterna. Más allá del horizonte terrenal existe una vida, que es para siempre. Al decir que es el Dios de «Abrahán, Isaac y Jacob», está diciendo que estos santos patriarcas viven para Dios aunque su presencia ya no se da en la tierra. La entrada en la vida eterna se da por la resurrección. Jesús señala el nexo de unión que existe entre esta vida y la futura. Nosotros no podemos olvidarlo en nuestra vida diaria. Esta vida y la vida futura se relacionan entre sí. Por la mediación de Cristo, el primer resucitado de entre los muertos, mi vida en este mundo está llamada a proseguir en la eternidad. Habrá una diferencia y es que, entonces, mi cuerpo estará glorificado: «Son como ángeles». Tendrá unas características diferentes, pero mantendré mi identidad personal: «No es un Dios de muertos, sino de vivos». El hecho de que las características concretas de esa vida nos sean desconocidas no debe disminuir en nada nuestra esperanza. Nos fiamos de lo que nos dice Jesús.

Si no hay convicciones firmes, tampoco puede desarrollarse la fuerza necesaria para defenderlas ni para vivirlas. San Pablo, en la segunda lectura, nos anima diciendo: «El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librá de del maligno».

Es precisamente en Jesús presente en la Eucaristía donde reside todo. No es una idea, no es un concepto, es una realidad que se nos da: es Dios mismo. La fe que nos contagia, la fuerza que nos da para seguir luchando, la esperanza segura que nos comunica, porque este mismo Señor que ves en este pan, está resucitado gloriosamente, vive para siempre, sin que nunca más ninguna atadura lo pueda esclavizar jamás. Jesús Eucaristía es precisamente el icono de la verdadera libertad. La verdadera libertad que anhela y que late en lo más profundo del corazón de todo hombre.

Aprendamos de María la confianza total en Dios, ahora, y sobre todo confianza en la hora de la gran misericordia, en que Jesús nos venga a buscar para darnos su misma vida eterna.